

## La forma del círculo.

*“Unwin recordó a Nicolás de Cusa, para quien toda  
línea recta es el arco de un círculo infinito...”*

*J.L.B.*

Durante la madrugada del 18 de abril de 19.., la esquina de Serrano y Nicaragua se estremeció con el valor y la sangre. Dos hombres implacables se batieron a duelo. El más joven era un foráneo, promesa de la literatura local. Contaba con 21 años y tal vez, pocos años al porvenir, imprimiera una impronta en la literatura universal. Arrabal por opción, su historia le dejó una familia acomodada y un destino de intelectual. El otro era un finlandés de apellido *Tribelius*. También era joven, recio y valiente. Ostentaba en las palabras con la resolución del nombre de Dios, y en su mano izquierda un puñal se blandía insolente. Dio pelea hasta el último aliento. Acaso tuvo un par de situaciones favorables. Acertó una estocada en la pierna del arrabal y golpeo fuertemente con la empuñadura su frente. Las dos ocasiones no fueron suficientes para derrumbarlo. Con un estoicismo desconocido el taciturno porteño se acomodó ensangrentado y furioso. De rodillas envistió al pelirrojo con un movimiento ágil que culminó en su arteria femoral. Un segundo antes especuló en el azar y lo inmediato. Matar un hombre sin motivos, pensó, es lo más ruin que puede acometer un varón. El tiempo para esas meditaciones ahogaba en el pasado, lo inmediato lo pretendía y no lograba dar con una razón válida que justificase tanta cizaña. Un grito irrumpió el silencio sepulcral de la noche, la silueta tambaleó vejando la penumbra. Incorporándose, entendiendo el inmediato devenir, frotó el facón contra su ropa y lo envainó. Paralelamente el rudimental cuerpo del colorado cayó.

Afirmándose en un viejo paraíso logró recuperarse. Su rostro recuperó el color que perdió a instancias del miedo. Una fuerte puntada en la pierna le recordó su humanidad, la comprimió instintivamente; notó su sangre avanzando tibiamente sobre sus temblorosas manos. Recorrió agitado los pocos metros que lo separaban de su morada. Mientras buscaba en sus bolsillos la llave que lo redimía de lo acontecido recordó los instantes previos al funesto desenlace. En una quinta de Av. Rivadavia asistió a una reunión vernácula. Allí mantuvo una fuerte discusión con un presunto

erudito. En un arranque de ira, tal vez por el abuso de bebidas espirituosas, insto al hereje forastero a duelo. Lo acepto sin displicencia y fijaron sin entredicho la hora para la faena.

Un frió helado le recorrió el pecho. La puerta cedió, apoyándose sobre la tapia lindante logro ingresar a su domicilio. La herrumbre de sus pensamientos lo hería más que su lacerante cortadura. Había salvado su honor, pero la idea de haber matado a un semejante lo carcomía interminablemente. Pensó que la locura lo asediaba. En un ensayo desesperado un hexámetro de *Parménides* retumbo en los confines de su mente. Instantes antes de perder el conocimiento noto como los colores del zaguán se tornaban borrosos. El mundo frente a él no se derrumbaba, se disipaba evanescente, tan real como nunca lo había notado.

Despertó en una cama desconocida y con un sabor horrible en la boca. La lúgubre penumbra y el olor a desinfectante lo llenaron de sospechas. Por más esfuerzos que hiciera en abrir los ojos no lograba contemplar ni reconocer ninguna de las siluetas que se asomaban por la puerta entornada. En eso sintió una leve caricia. La voz de la mujer lo reconfortó. En su aturdimiento logro reconocerla: Era Maria. Quiso mover los labios y pronunciar cierto verbo sagrado. Fue en vano, lo anteriormente negado por la intensidad del sentimiento ahora era negado por su insolvencia física. Alcanzó a notar como la habitación se lleno de gente. Escucho levemente voces conocidas y breves llantos. Algo le pico la piel. Volvió a desvanecerse. Entre abscesos de sueño escucho una voz masculina mascullando una terrible sentencia.

A los pocos días el joven descansaba tumbado en el catre de su habitación. Su cara ostentaba la secuela de la trifulca. Por un lado su cuerpo se encontraba retorcido y paralizado. Por otro, la parte sana de su rostro, exhibía las marcas de cierta verdad revelada y temida. El impacto con el puñal del colorado lastimo fatalmente su cerebro. Era consciente que la deficiente percepción que tenia de los objetos iría amainando con el correr de los días. Lo envolvería la continua penumbra, el zumbido constante, la materia incesante de los recuerdos.

En las semanas siguientes lo visitaron decenas de médicos. Cada uno humillo su cuerpo con agujas y medicinas. En contrapartida a las falacias profesionales los hechos continuaron perennes a los designios de su destino. Ya en la completa penumbra recordó haber leído que en antaño ciertos brujos practicaban ensayos análogos con integrantes de su tribu para desembarazarlos de su falsa apreciación de la realidad. Cuando la voz de Maria le resulto lejana, comprendió que solo lo conectaba al mundo la

tenue sensación táctil que tenía en el costado derecho del rostro. Ya no sabía si hablaba o lloraba. Esa misma noche exoneró a los metafísicos: se percató que su pecho se movía al compás de su respiración, aun careciendo de su sensación. El mismo incidente de esbozar recuerdos era prueba necesaria para refutar un juicio contrario. Planeo entonces algo macabro: dedicaría el tiempo que le concediera su porvenir a reconstruir sus posibles muertes y a encontrar una valedera.

La noche fue dura para el muchacho. Irónicamente en vida sufría insomnio cada vez que su habitación no se encontraba en perfecta penumbra; en esa especie de muerte, la oscuridad era precursora de su desvelo. Lloro sin lágrimas su terrible destino. Pensó quizá, como verdadero vencedor al otro. Meditó tal vez que el hombre abatido aquella noche este bajo tierra viviendo una muerte similar. Esa paradoja en cierto modo lo consolaba. En sus pensamientos constató que el recuerdo incurría tenazmente en permutaciones.

Entendió prontamente que el completo narcisismo en que se hallaba iría tergiversando sus evocaciones desviándolas hasta la saciedad de sus deseos. Se aterro. El solo acto de creer que la vaga imagen de María desaparecería, o peor, se tornaría un monstruo digno de su egoísmo, lo agobiaba. Extrañó las alteraciones físicas del miedo: los temblores, la respiración agitada, el accionar mecánico. Se alejó de esas angustias conmemorando escenarios favorables.

Recordó una noche de noviembre en la casa de Mar del Plata. Se esforzó por no omitir detalle. La luna llena derramándose por el mar. La brisa nocturna, el olor a agua salada. La voz entrecortada de María. El balcón increíble, tenue, envuelto en el bálsamo marfil de la luna llena. La retenía aún untada en esos soleros de tela suave, similar a la seda, que cubrían delicadamente su languidez. Sentía su suave mano acariciando la propia con cada acotación pertinente. En esa oportunidad él disertaba con acopio su futura empresa: idearía una ficción cíclica y se la dedicaría. En su mente bramaban asombrosamente los detalles. La charla continuo como la recordaba, clausurada por el inapropiado embuste del amanecer. Redundó el recuerdo una y otra vez, ansiando que continuara inalterable. Luego, evitando el tedio retoco algún pormenor; su condición de literato lo autorizaba, y aun más su estado doliente. Con el continuo repetir iba olvidando evocaciones ajenas, inútiles. Ya no podía atinar en contestar si Buenos Aires era una ciudad, si el clima es árido en el Sahara o si la fiebre es señal de infección. Retenía su nombre solo porque ella lo pronunciaba, pero de ninguna manera recordaba el de sus padres, ni si el 2 seguía al 1 o si la decena contemplaba diez unidades. Tarde

comprendió que el despuntar del alba convertía en patraña su fantasía. Se condeno a contemplar esa imagen que su memoria permitía. El ejercicio de la repetición empezó a condensar las cosas. Ya no recordaba la playa, solo la parte del mar que distinguió esa noche. La casa no era más que un balcón. La luna era un disco blanco, que ya no ostentaba ninguna otra necesidad que permitir la bella silueta de Maria. No recordaba la charla, sí su carácter informal. Solo resonaba el estrépito de risas y la sensación de extrema felicidad. Admitió en una de esas reiteraciones, notables contradicciones: la Luna y el Sol coincidían, el mar desembocaba debajo de ellos mojándole los pies, el balcón colmado de arena. Medito perplejo en su elucubración unos instantes. La voz de Maria irrumpió como un eco, dejando una reverberancia constante. *¿Qué piensas querido?*-. Una leve sospecha altero por primera vez esa repetición siniestra. Encontró allí, en ese frenesí, aquello que se le negaba. Todo se licuaba en una enardecida aceleración; instantes antes que todo comience, como un prodigio, pronuncio el verbo.

El ruido a cristal roto alboroto la habitación. Maria contemplaba trémula el cuerpo sin vida. Como todas las madrugadas se acerco al catre después de pasar por la cocina. De inmediato se aglomero gente.

*A las 2:14 de la madrugada del 23 de noviembre, luego de una larga agonía, Jorge Luis encontró la muerte.*

*Fabo Sanchez*

[contacto@fabosanchez.com.ar](mailto:contacto@fabosanchez.com.ar)

[www.fabosanchez.com.ar](http://www.fabosanchez.com.ar)